

¿Pero qué han visto sus ojos,
Que serenos y radiantes
Ha días que sin enojos
Moderaron los antojos
Tras de que corrieron antes?

Ella, que ayer esquivaba
Del templo el cantar sonor.
Y la oracion la cansaba,
Hoy de rodillas se clava
Ante las rejas del coro.

Ella, que ayer distraida
Asistía al gran misterio
Del Redentor de la vida,
Hoy no quita embebecida
Los ojos del presbiterio.

Ella, que ayer con el son
Del importuno esquilon
Dejaba el lecho tardía,
Hoy madruga con el día
Y adora la creacion.

Ella, que ayer descuidada
Olvidaba sus labores,
Hoy noche y día afanada
Multiplica delicada
Sus bordados y sus flores.

Y salen de su aposento
Ofrendas del sentimiento
Bajo formas infinitas,
Sus labores esquinitas
Que orgullo son del convonto.

Mutacion inesperada
Que á sus hermanas admira,
"Y la oveja descarriada
(Dicen) del pastor llamada
Ya á su redil se retira.

"Ya vuelve al dulce reclamo
De la dulce compañía
Y á los cuidados de su amo,
La blanca oveja que huía
Tan salvaje como el gamo
Nacido en la selva umbría.

Y en secretas reuniones
Dándose la enhorabuena
Doblaban las oraciones
Pidiendo á estas intenciones
Perseverancia serena.

¡Impertinencia importuna!
¡Oh necias sin duda alguna
Las pobres siervas de Dios,
Si no alcanzásteis ninguna,
Lo que va de Inés á vos!

Tras recogimiento tanto
Su tez la color recobra,
Sus ojos brillo y encanto....

¿Y pensais que el fuego santo
Tales maravillas obra?

¿Pensais que el alma prensada
En la seca soledad
Vuelve á una niña apenada
La pura tez sonrosada
Y el contento y la humildad?

¡Oh! necias, que sin recelos
Cubris el mundo y los ojos
Con vuestros benditos velos,
Cuando á la luz de los cielos
Se ven muy mal sus abrojos.

¡Necias! la blanca ovejuela
Que se vuelve á su pastor,
Y cuya vuelta os consuela,
Es tórtola que se vuela
Al reclamo de su amor.

Cuando sus ojos estaban
Clavados en el altar,
El altar no contemplaban,
Que otros ojos no cesaban
Sus ojos de reclamar.

Huir las rejas impiden,
Pero pese á los cerrojos
Lenguas en ojos residen,
Y los espacios se miden
Con las lenguas de los ojos.

Un hombre la contemplaba,
Y un hombre la devoraba
Con sus ardientes pupilas,
Y doña Inés se abrasaba,
Y vosotras... tan tranquilas.

Ni sorprendisteis su exceso,
Ni de la reja á una esquina
Visteis que perdido el seso
Tendió la mano, y que un beso
Crugió en la mansion divina.

Ni visteis que en vez de andar
Al toque de los maitines
Desde su celda al altar,
Solía mas tarde entrar
Al atrio de los jardines.

Ni hubo de vosotras una
Que del paseo celosa
Abriese ventana alguna
Y viese huir con la luna
Una sombra sospechosa.

Ni hubo ningun jardinero
Que al primer canto del gallo
Viese acercarse rastrero
Un rondador caballero,
Que atras dejaba un caballo,

Ni os ocurrió que sus flores,
Sus vistosos ramilletes
Que encontraban compradores,
Padieron de sus amores
Guardar ocultos billetes.

Ni la visteis espiando
El sueño de la tornera
Las llaves manoséando,
Abierta aficion mostrando
Del manojito á la tercera.

¡Oh! que al abrir un convento
A doña Inés de Alvarado
Obraron con poco tiento,
Pues ni han mirado su intento,
Ni en el capitan pensado.

VIII.

AVENTURA INESPLICABLE.

Tras grave asunto, á juzgar
Por lo que van espoleando,
Corren dos hombres cruzando
A caballo un olivar.
No está la noche muy clara,
Mas bien se ve al pié de un cerro
Una cruz grande de hierro
Que dos caminos separa.

Y de advertir fácil es
Aun á los ojos peores
Que son dos los corredores,
Y los caballos son tres.
Eché pié á tierra el primero,
Y al dar la brida al de atras
Le dijo:—Aquí esperarás;—
Y el otro dijo:—Aquí espero.—

Y hacia el convento avanzando,
Del caballero en la oscura
Sombra se fué la figura
Hasta perderse menguando.

Y aquí, ¡ó mi lector amigo!
Fuerza será que convengas
En que es preciso que vengas
Hacia el convento conmigo.

Sigue mi camino, pues,
Y de una verja detras
Un atrio acaso hallarás
A pocos pasos que des.

Sube tres gradas, si puedes
Da un paso mas, y con él
Tocarás en el cancel,
Donde es fuerza que te quedes.

¡Ves un hombre que embozado
Encorvando la figura,
Por la estrecha cerradura
En mirar está ocupado?

Acércate sin temor,
Que lo que alcanza por dentro

No hace temible el encuentro
Del capitan reñidor.

Tú, lector, preguntarás:
¿Con que el capitan es ese?
El mismo, mas que te pese,
Pero hazte un poquito atras,

Porque levantando el brazo
Empuja á espacio la puerta,
Entró, y dejándola incierta
Sopló el aire y dió un portazo:

Mas veo, lector, que dices,
Sin que pueda replicarte,
Que esto es llamándote darte
Con la puerta en las narices.

Mas tu impaciencia sosiega,
Todo lo presenciarrás,
Que del poeta á eso y mas
El poder mágico llega.

Está el capitan en pié
En medio de la ancha nave,
Y á la verdad que no sabe
Ni qué pasa, ni qué ve.

El templo mira enlutado
Con lúgubre terciopelo,
Mucha gente haciendo duelo,
Y un féretro en medio alzado.

Vense en el paño del túmulo
Entrelazados blasones,
Y á la luz de los blandones
Un cadáver en su cúmulo.

Monges le rezan en coro
Tristísimos funerales,
Y le alumbran con ciriales
Pajes de libreas de oro.

La muchedumbre que asiste,
Y que la tumba rodea,
Dado que bien no se vea
Se ve que de noble viste.

Y parece que al bajar.
El que ha finado á su nicho
Memoria tuvo capricho
De su opulencia en dejar.

Y al par que su eterna calma
Las oraciones consuman,
Mirras y esencias perfuman
La despedida del alma.

Música triste le aduerme,
Salmodias le santifican,
E hisopos le perjudican
El cuerpo que yace inerme.

Mas aquellas oraciones
Y responsorios precisos
Llevan de anatema visos
Y planta de maldiciones.

A veces en sus compases
Hondos, siniestros, horribles,
Murmurando incomprensibles,
Negras é incógnitas frases.

En son lento, ronco y quedo
Se hacen oír otras veces,
Y entonces aquellas preces
Hielan los huesos de miedo.

Otras semejan aullidos
Discordes, desesperados,
Lamentos de condenados,
De los infernos salidos.
Otras lejanas rumores
Cual de tormentas se escuchan,
O de ejércitos que luchan
Los espantosos clamores.

Y siempre siendo los mismos
Los sonos que se levantan,
Resposos á un tiempo cantan
Y murmuran escorcismos.

Atónito de la escena
Estraña y aterradora
Que encuentra tan á deshora
Y le asombra y enagena,
Don César con paso lento
Entre la turba mezclado
Dirigióse á un enlutado
Que oraba en aquel momento.

“¿Quién es el muerto, sabeis,
(Dijo) á quien rezando están?”
Y él respondió: “El capitán
Montoya: ¿le conocéis?”

Mudo quedó de sorpresa
Don César oyendo tal,
Mas no lo tomó tan mal
Como tal vez le interesa.

Volvióle la espalda, pues,
Diciendo: “Me ha conocido,
Y burlármese ha querido;
Mas luego verá quien es.”

Siguió la iglesia adelante,
Y una capilla al cruzar
Vió un sepulcro preparar
Entre otros varios vacante.

Y á un personaje que halló
De luto y que parecía
Que el trabajo dirigía,
El capitán se acercó.

“¿Para quién abren la hoya?”
Le dijo; y el enlutado
Le contestó decontado:
“Para el capitán Montoya.”

Mudósele la calor
A don César; mas repuesta
Su calma, al de respuesta
Volvió entre risa y furor.

Miróle de arriba abajo,
Pero no le conoció;
Segunda vez le miró,
Pero fué inútil trabajo.

Ni recordó que quizás
Le hubiese visto la cara,
Ni imaginó que la hallara
Tan repugnante jamás.

Que encontró en ella tal gesto
De aterradora hediondez,
Que por no verla otra vez
Dejó caviloso el puesto.

Fuése á otro punto á situar
Diciendo: “¿Ese hombre estremece!

De aquel sepulcro parece
Que le acaban de sacar.”

Uno tras otro se puso
A contemplar los que via,
Mas á nadie conocía,
De lo que andaba confuso.

Tenian todos las caras
Descoloridas y secas,
Y dijera que eran huecas,
A mas de antiguas y raras.

Cansado de fiesta tal,
Y á impulso de una aprension,
Llegóse á un noble varon
Que oraba con un cirial.

Cabe él la rodilla apoyada,
Y dícele ya con miedo:
“¿Quién es el muerto?” y muy quedo
Contestó el otro: “Montoya.”

Del catafalco á los piés
Llegó entonces decidido,
De aquella duda impelido,
A ver al muerto quien es.

Por los monges atropella,
Trepó al túmulo, la caja
Descubre, ase la mortaja,
Y él mismo se encuentra en ella.

Miró y remiró, y palpó
Con afán hondo y prolijo,
Y al fin consternado dijo:
“¿Cielo santo, y quien soy yo!”

Miró la vision horrenda
Una y otra y otra vez,
Y nunca mas que á él mismo.
En aquel féretro ve.

Aquel es su mismo entierro,
Su mismo semblante aquel:
No puede quedarle duda,
Su mismo cadáver es.

En vano se tiente ansioso;
Los ojos cierra, por ver
Si la ilusion se deshace,
Si obra de sus ojos fué.

Ase su doble figura,
La agita, ansiando creer
Que es máscara puesta en otro
Que se le parece á él.

Vuelve y revuelve el cadáver,
Y le torna á revolver;
Cree que sueña y se sacude,
Porque despertarse cree,

Y tiende el triste los ojos
Desencajados do quier.
Mas ¡nuevo prodigio! mira
A las puertas, y al dintel

Ve que despiden el duelo,
De duelo henchidos tambien,
Don Fadrique y doña Diana,
Que arrastran luto por él.

Baja, les tiende los brazos,
Les nombra, cae á sus piés;
“Miradme les dice atónito,

Montoya soy, vedme bien.”

Y ellos le miran estúpidos
Sin poderle conocer,
E inclinando las cabezas
Replican:—Montoya fué.—

Entonces desesperado
Con angustia tan cruel
Vase otra vez hácia el muerto
Demandándole quien es.

“¿No hay quien sepa aquí quien soy?”

“¿No hay á salvarme poder?”

Y allá desde el presbiterio

De las rejas al través,

Oyó una voz que decía:

“Sí, te conozco mi bien:

Abre; ¿qué tardas? partamos:

Yo soy tu amor, soy tu Inés.”

Y los brazos le tendía

La de Alvarado tambien

De la reja tentadora

Tras el cuádruple cancel.

Mas viéndola cual espectro

Que le persigue á su vez,

Gritaba él: Aparta, aparta;

¿Qué soy cadáver no ves?”

Y apenas palabras tales

Pronunció, cuando tras él

Vió llegarse aquel fantasma

Cuyo gesto de hediondez

Le hizo miedo, y no le pudo

Recordar ni conocer.

Contemplóle de hito en hito,

Le asió del brazo despues,

Y así con voz espantosa

Vió que le dijo: ¿Pardiez!

Tú eres quien cambia conmigo,

A mi sepultura ven.”

Y á esta horrorosa sentencia,

Ya sin poderse valer,

Cayó en el suelo Montoya,

Falto de aliento y de piés.

“¿Dónde estoy? ¿qué es de mi vida?”

“Respiro aun?” exclamó

Montoya abriendo los ojos

Con desfallecida voz.

“Señor, estais en mis brazos.

—¿Bres tú, Gines?

—Yo soy.

—¿Dónde estamos?

—En la cruz.

—¿Del olivar?

—Sí, señor.

—¿No estuve yo en el convento?

¿Pues quien de allí me sacó?

—Yo fuí, señor.

—Tú, Gines!

—Perdonad, temí por vos

Y viendo que el tiempo andaba

Y ni seña ni rumor

Esperanza me infundian,

Tras vos eché.

—¿Santo Dios!

¿Y llegastes...

—A la iglesia.

—¿Atraído por el son?

—Señor, no he oido nada;

¿No os lo dije?

—¿Cómo no?

¿Dentro la iglesia no vistes

Los enlutados en pos

De mi cadáver?”

Miróle.

Absorto de admiracion

El mozo, y dijo:

“Soñamos,

O vos, don César, ó yo.

Ni ví, ni oí cosa alguna.

—¿Con que es mia esa vision?

¿A mis ojos solamente

Horrenda se presentó!

¿No visteis conmigo á nadie?

—Os juro á mi salvacion

Que solo os hallé, tendido

Al pié del altar mayor;

Y viendo el peligro doble

Del sitio y la situacion,

Ni me detuve á pensar

Si estábais herido ó no;

Cargué con vos, y me vine;

No oí ni ví mas, señor.”

Calló Gines, y don César

A estas palabras quedó

Distraido y abismado

En honda meditacion.

Mirábale de hito en hito

Gines, que aterrado vió

De la faz del capitán

La estraña transformacion.

Desencajados los ojos,

Palidecido el color,

Torvo el mirar, parecia

Mas que vivo, aparicion.

Sentado en el pedestal

De la cruz, do él le posó,

Inmóvil permanecia

Sin fuerza y sin intencion,

Amarrado á un pensamiento

Que bullia en su interior,

Y que se veia que todas

Las potencias le absorbió,

Como quien mira aterrado

Negra y horrible vision

Que le borra de los ojos

Cuanto ecsiste en derredor.

Temeroso el buen criado

Por su juicio y su razon,

Dirigióle atentas frases

Con afán consolador.

Mas él ni tornó los ojos

Ni á sus veces respondió,

Ni agradeció sus cuidados

Que en nada puso atencion;

Y al cabo de largo trecho

Con repentino vigor,

Levantándose en silencio

En su corcel cabalgó.

Hincóle los acieates,
Y el poderoso bridon
Tras un peligroso brinco
A todo escape salió.
Santiguóse el buen Ginés,
Y en su ruin supersticion
Dijo: "¿si tendrá los malos?"
Y á escape tras él echó

IX.

Por una puerta secreta
Que de los salones sale
A un secreto gabinete,
Puede á estas horas mirarse
A don Fadrique y don César
Que pálidos los semblantes
Plática tienen trabada
De asunto en verdad muy grave.
Demanda con vehemencia,
Don Fadrique, y contestarle
Resiste el otro, en su empeño
Ambos por demas tenaces.
El capitán asentado
En un sillón torvo yace
Guardando, pésele al otro,
Un silencio inalterable,
Y don Fadrique colérico
En pié á su lado, las frases
Le dirige mas violentas
Que halló para provocarle.
Dejábale el capitán
Que la ira desahogase,
Como si con él no hablara,
Ni pudieran escucharles.
Y al fin, de calma en su cólera
Aprovechando un instante,
Dirigióle la palabra
Con razones semejantes:
"Todo es inútil, denuestos,
Súplicas, amagos, ayes,
El mundo entero no puede
A que os lo diga obligarme.
Un secreto es que conmigo
Quiero que al sepulcro baje,
Y no ha de saberlo nunca
Desde el sol abajo, nadie.
Si es sueño ó delirio mio,
Quiero de él aprovecharme
Si es un aviso del cielo
Es imposible escusarle."
Tornó al silencio don César,
Y el duque, que aunque no alcance
La razon, sospecha alguna,
Dijole sin ira casi;
"Don César, noble he nacido,
Y por mucho que yo os ame
Llevar no puedo en paciencia
Sin una excusa un desaire.
Por precioso ó repugnante
Que el secreto sea, ¿creéis
Que no sabré yo guardarle?
—Sabeis quién soy, don Fadrique,

Y por excusa esto baste,
Que no hablaré mas en ello
Si santos me lo rogasen."
Y aquí ya de don Fadrique
La cólera desbordándose,
Dijo al capitán Montoya
Con voz resuelta y pujante:
"Vive Dios, señor don César,
Que esto no es mas que un ultraje
Que hacer quereis á mi casa,
Y que está pidiendo sangre!
Si no podeis el motivo
Descubrirme que deshace
Vuestra boda, satisfecho
De un modo ó de otro dejadme.
—Señor duque, ya está dicho.
Si lo dejo de cobarde,
Pues que me debeis la vida
Nadie como vos lo sabe.
Pero os juro que aunque osado
Llegueis hasta abofetearme,
No hareis que por causa alguna
La espada mas desenvaine.
Ni mas me la he de ceñir,
Ni mas me harán que la saque
Cuantas honras y razones
En el universo caben.
Mirad, señor don Fadrique,
Si el secreto será grande,
Y pues veis á lo que obliga
Si Hidalgo sois, respetadle."
Callaron ambos á dos,
Y continuaron mirándose
Como hombres en sus propósitos
Igualmente imperturbables.
Al fin dijo don Fadrique
Por la estancia paseándose,
Como quien duda si debe
Satisfacer ó vengarse:
"Señor capitán Montoya,
Vida y honor me salvásteis
Una noche, y aunque en esta
Me los habeis vuelto tales,
Que no será mucho tiempo
A restableceros fácil,
Váyase lo uno por lo otro,
De nada quiero acordarme.
Estamos en paz, don César."
Y continuó paseándose,
Y atarazándose un lábio
Hasta revocar la sangre.
Entonces el capitán
Con paso medido y grave
En mitad del aposento
Fué decidido á encontrarle;
Tendióle la mano y dijo:
"Pensad, duque, si es bastante
A dejaros satisfecho
De este misterioso ultraje
Mi resolucion postrera:
Tomad, señor, esas llaves;
De mis inmensos tesoros
Haced con justicia partes:

Que se partió su tesoro
Algunos dias despues,
Que se dió á los pobres oro,
Y que rico como un moro
Partió á la corte Ginés.

Ni mas descubrirse pudo,
Ni puede decirse mas,
Y este es el hecho desnudo,
Fábulo, origen y escudo
De las mentiras de atras.

Mas hay entre todas una
Que fábula ó tradicion,
En escritura oportuna
Encontrarla fué fortuna
Separada del monton.

El vulgo á su vez la cuenta
Como innegable verdad,
Y de quien dudarla intenta
Dice que de Dios atenta
Al poder y majestad.

Yo trovador vagabundo,
La oí contar en Toledo,
Y de aquel pueblo me fundo
En la razon, y así al mundo
Contarla á mi turno puedo.

Ni quitaré ni pondré;
Como á mí me la contaron
Fielmente la contaré,
Y á ser falso, juro á fé
Que en Toledo me engañaron.

Diz que pasaron diez años,
Cada cual lleno á su vez
De azares y desengaños,
Mas á nuestro cuento estraños
No hacen al caso los diez.

Las fabulillas cesaron
De hervir en la muchedumbre;
Diana y otras se casaron;
Y en fin, segun es costumbre,
Al que murió lo enterraron.

Y del mar de su destino
Ya pronto á romper el dique,
Diz que al linde del camino
De la vida, don Fadrique
Pidió aprisa un capuchino.

Y severo y respetable
Con la faz descolorida
Vino un varon venerable
Al duque á hacer tolerable
La tremenda despedida.

Tras sí la puerta entornó,
Y cuando á solas quedó

Una á Ginés por servirme,
Con cuantos muebles hallare;
Un hospital ó convento
Fundad con otra, si os place,
Y otra á don Luis de Alvarado,
Que gana la apuesta infame
Que hice de robar á Dios
La mejor prenda al casarme.
¿Me comprendeis, señor duque?
Obedecedme y dejadme.
Entregad al de Alvarado
Lo que hoy de perder me place;
Pero cuidad, don Fadrique,
Que no sepa el miserable
Que era Inés, su propia hermana,
La prenda que iba á jugarse."
Y así el capitán diciendo
Un pliego sin letras ase,
Escribe algunas palabras,
Lo firma, lo sella y parte.
Quedó don Fadrique atónito,
Ginés rompió en voces y ayes,
Y en llanto amargo, que al punto
Cambió en lágrimas el baile.
Cundió la noticia rápida,
Y el escándalo fué grande,
Aunque al culpar los efectos
No acierta la causa nadie.

X.

HECHOS Y CONJETURAS.

Todo era habillitas Toledo,
Y todo interpretaciones.
Cada cual forjó un enredo
Y hablaron todos con miedo
De espectros y apariciones.

Y como en vano buscaron
Por Toledo al capitán,
Mil fábulas le colgaron,
Y los que las inventaron
Por hechos las creen y dan.

Quién dijo que anocheciendo
Le vió desde un corredor
Allá en los aires cerniendo
Un cuerpo alado y horrendo
Cual fué bello el anterior.

Quién dijo que un dia oraba
Ante un devoto retablo,
Y vió al capitán que daba
Ayuda y defensa brava
Contra San Miguel, al diablo.

El hecho es que don Fadrique
A su escribano mandó
Que en su nombre ratifique,
Firme, selle y testifique
Lo que don César firmó.

Con el noble moribundo,
La religion con el mundo
Así plática entabló.

MONGE.

¿Don Fadrique?

DON FADRIQUE.

Bien venido,
Padre; concluyendo estoy.

MONGE.

A ayudaros he venido
A ir en paz; prestad oído
A lo que deciros voy.

“Ha diez años que arrastrado
Por intencion criminal
Hollé de un templo el sagrado
Y á Dios me sentí llamado
De una vision infernal.

Los muertos ví que salian
De las urnas sepulcrales
Y blandones me encendian,
Y con gran pompa me hacian
En vida los funerales.

Vision de los cielos faé;
¿Mas quién creyera mi historia?
A contarla me negué,
Y haberla determiné
Encerrada en mi memoria.

Tan solo existía un hombre
A saberla con derecho;
Porfí, porfí; y no os asombre,
No me la arrancó del pecho:
Don Fadrique era su nombre.

Mas lo que escusar no pude
Al noble á quien ofendia
Vengo, y ¡así Dios me ayude!
A que mi razon me escude
La fé de vuestra agonía.”

Y esto el buen monge diciendo
Cayó ante el lecho de hinojos,
Las manos del duque asiendo,
Quien sus palabras oyendo
Al monge tornó los ojos.

Contempló de hito en hito
Con acongojado afán,
Y exclamó al fin con un grito:
“¡Sois vos! ¡Dios santo y bendito!
Abrazadme, capitán.”

Y los brazos enlazaron,
Y á solas ambos á dos
Por largo tiempo quedaron,
Y largo tiempo lloraron
Ante la imagen de Dios.

Y al fin de la confesion
Henchido el duque de fé,
Díjole: “A aquella vision
Debeis vuestra salvacion,
Que aviso del cielo fué.

En cuyo punto sintiendo
Llegar el trance fatal
Del paso duro y tremendo
“A dios, DON CESAR,” diciendo,
Lanzó el aliento vital.

Y aquí del todo acabada
Del buen monge la mision
Y el ánima encomendada,
Con voz esclamó mudada
Al darle la absolucion:

*¡Vé en paz! y si como espero
El llanto ante Dios se apoya
De un corazon verdadero,
¡Ruega á Dios, buen caballero,
Por el capitán Montoya!”*

Y dando al mundo un momento
Al muerto besó en la frente,
Y á paso medido y lento
Triste volvió á su convento
El capitán penitente.

Y á poco habia en sepultura humilde
De la maleza oculta entre las hojas
Una inscripcion borrada por los años,
Que todo al fin sin compasion lo borran.
Unico resto de opulenta estirpe,
Unico fin de la mundana pompa,
Montón de polvo en soledad yacia
Quien hizo al mundo con su audacia sombra.
Y apenas pueden los avaros ojos
Leer en medio de la antigua losa
“AQUI YACE FRAY DIEGO DE SIMANCA,
QUE FUE EN EL SIGLO EL CAPITAN MONTOYA.”

NOTA DE CONCLUSION.

Y por si alguno pregunta
Curioso por doña Inés
Y opina que queda el cuento
Incompleto, le diré:
Que doña Inés murió monja
Cuando la tocó su vez,
Sin su amor, si pudo ahogarle,
Y si no pudo, con él,
Porque destino de todos
Vivir de esperanzas es;
Quien las logra muere en ellas,
Quien no las logra también.
Con que ya sabe el curioso
De mis héroes lo que fué,

No á mí, que presa de secretos males,
Tal vez la triste soledad me inspira
Tiernas endechas y amorosos vales
Que ensayo á solas en mi pobre lira.

No á mí, que al son de vuestras vagas voces
Siento otra voz que me repite insana
Dentro del corazon esos veloces
Ecos que murmurais á mi ventana.

¡Ah! yo os respondo y suspirais pasando
Sin que baste á entender vuestro suspiro,
Os llamo á mí, y os alejais volando,
Gemís si duermo, y os velais si os miro.

Si á vuestros tristes misteriosas quejas
Mis rejas abro y vuestro bien deseo,
Solo á través de mis macizas rejas
Cruzar las nubes en silencio veo.

¡Oh de la noche incomprensibles ruidos!
Ayes que hervís en la tiniebla oscura...
¿Quién sois? ¿do vais? ¿de dónde sois venidos?
¿Qué voz agena en vuestra voz murmura?

¿Sois el rumor del agitado viento,
Los ayes de las almas sin reposo,
O la voz del tenaz remordimiento,
Del descanso enemigo y envidioso?

Quien quiera que seais, almas ó nieblas,
Pasad, y en vuestra confusion liviana
Seguid vuestro camino en las tinieblas
Y no llameis jamas á mi ventana.

Porque es trite ¡muy triste! un aposento
Donde á la luz de lámpara que espira
Se oye crujir del tumultoso viento
Que fuera en torno de las torres gira.

Es triste, sí, muy triste y muy medroso,
Velar sobre un volúmen carcomido,
La frente ardiendo, el alentar penoso,
Las llamaradas aumentando el ruido;

Viendo las letras en las turbias hojas
A su dudosa vibracion mezclarse,
Negras, azules, amarillas, rojas,
A la afanosa comprension agarse.

Y leer en vez de religiosas voces
O de amorosa y métrica armonía
Cifras que borran cifras mas veloces,
De sentido infernal, de raza impía.

Pasad, fantasmas de la noche oscura,
Quien quiera que seais, almas ó nieblas;
Pasad, y en mis vigílias de amargura
No llameis á mi reja en las tinieblas.

No llameis, que enemigo de la sombra
Odia el cantar vuestra armonía vana;

Y solo añadir me resta
Dos palabras de Ginés.
Hizo en la corte fortuna,
Casóse al cabo muy bien
Con una dama muy rica
Y hermosa como un clavel.
Y aunque dieron malas lenguas
En alzarla *no se qué*,
Ella no alzó las pestañas
Para al vulgo responder.
Dió á Ginés un hijo zurdo,
Y dijo su padre de él
Que habia nacido en casa,
Y en esto solo habló bien.

VIGILIA.

Misterios del alma son
MORETO.

Pasad, fantasmas de la noche umbría,
De negros sueños multitud liviana,
Que columpiados en la niebla fria
Fugitivos llamais á mi ventana.

Pasad y no llameis. Dejadme al menos
Que en la nocturna soledad dormido
Los lentos dias de amargura llenos
Calme y repose en momentáneo olvido.

Pasad y no llameis. La sombra oscura
Vuestro contorno sin color me vela,
Ni sé quién sois, ni vuestra faz impura
El mas leve recuerdo me revela.

Mil veces al oír vuestros gemidos
Mis ventanas abrí por consolaros,
Os busqué en las tinieblas, ¡y érais idos...!
¿A qué llamar si nunca he de encontraros?

Id á turbar el sueño indiferente
Del que entre plumas sin afán reposa,
Del que la vida en su risueña mente
Ve placentera y celestial y hermosa.

Y si venís con rostros halagüeños,
Mensajeros de rápidos placeres,
Avaras hallareis de vuestros sueños
Por do quiera bellísimas mujeres.

Llamad donde á la lumbre vacilante
De alguna tibia y oportuna estrella
Puedan al fin gozaros un instante,
Y ver un punto vuestra blanca huella.

No á mí, que en vano por la sombra tiendo
Los turbios ojos, me invoqueis perdidos;
No á mí, que acudo, vuestra voz oyendo,
Y al registrar la sombra, ya sois idos.

Dejad al trovador á quien asombra
El oíros llamar á su ventana.

Pasad, sombras sin cuerpos, aires vanos,
Pobres de luz, de voz desconocida,
Esquivos á los ojos y las manos,
Estraños á la fé de nuestra vida!

Pasad, y no turbeis de mi sosiego
La dulce calma ó la nocturna vela:
No creo en vuestro ser, pasad, os ruego,
Seguid al aire que os arrastra y vuela.

¿Pensais que á esos allos y suspiros
Con que llenais la oscuridad tranquila
Como á silbos de brujas ó vampiros
Mi amedrentado corazón vacila?

¿Pensais ¡oh! que por medio de escucharos
Con voz pujante entonaré canciones,
Y al arpa acudiré para ahuyentaros
Con dulces trovas de amorosos sonos?

Mentís, abortos de la sombra vana!
Yo sé bien, que, si fuérais mas que viento,
Holgarais en monton en mi ventana
Al blando son de mi amoroso acento.

Mentís, hijos del aire y de las nieblas,
Mentís: yo tengo sin cesar conmigo
Un talisman que alumbra las tinieblas
Del desdichado protector y amigo.

Mirad cuál radio en mi turbio estrecho
La limpia luz de la esperanza mía:
Mirad cuál vela en mi desierto lecho
Con su cariño maternal MARÍA.

Todas las noches mi dolor la implora,
Y amiga de mi llanto solitario
Todas las noches mis engaños llora
Con el raudal que reventó el Calvario.

Pasad, remordimientos tentadores;
Ya sé quién gime mi falaz desvío,
Ya sé quién riega las marchitas flores
Con tierno llanto del recuerdo mio.

Ya sé quién "¡hijo!" en soledad me llama
E "¡hijo!" á su voz la soledad responde...!
¡Ah! cuanto mas tras la ovejuela clama,
Mas á sus quejas y á su afán se esconde.

Tierna, amorosa, celestial MARÍA,
Rosa inmortal del Gólgota sangriento,
Faro inefable que mi rumbo guía
Entre la furia de la mar y el viento;

Líbrame de esos ecos misteriosos
Que me atormentan en la sombra vana,
Aleja esos fantasmas vaporosos
Que vienen á llamar á mi ventana.

Y tú, perdida y bella,
Fugaz y última estrella
Que viertes á deshora
Delante de la aurora
Con perezosa huella
Dudoso resplandor!
¡Oh! ¡traeme la hermosura,
La calma y la frescura
Del alba trasparente,
Que este tropel ahuyente
Con que la sombra oscura
Me cerca en derredor!

Ven, estrella matutina,
Y á tu blanca y argentina
Silenciosa aparición,
Huiré de mi ventana
Esa confusión liviana
Que despierta mi afición.

¡Lámpara de consuelo
A cuya lumbre velo,
Que escuchas solitaria
Mi tímida plegaria,
Si acaso llega al cielo
Mi súplica mortal!
Traeme la luz del día
Que calme la agonía
De esos remordimientos
Que bogan turbulentos
Sobre la niebla umbría
En ilusión fatal.

Ven, estrella matutina,
Y tu blanca y argentina
Silenciosa aparición,
Ahuyente de mi ventana
Esa infernal caravana
Que huella mi corazón.

Recuerdos son dañinos
Que cruzan peregrinos
El arenal desierto
Del corazón incierto,
Buscándole caminos
Que acaso no hay en él.
Que nunca ven tranquilo
Recóndito un asilo,
Y que jamás se amnasan,
Y que jamás descansan,
Corrientes que hilo á hilo
Desbordan su nivel.

Ven, estrella matutina
Y á tu blanca y argentina
Luminosa aparición,
Huyan las sombras livianas
Que llaman á las ventanas
De mi triste corazón.

Dejadme, negros sueños,
De aterradores cenos,
De fuerza irresistible,

Ya sé que es imposible
Vencer vuestros empeños...
Ya vuestro nombre sé.
Dejadme que respire,
Que viva y que delire;
Pues mis errores lloro,
Dejadme, yo os imploro;
¡Dejad en paz suspire
Lo que insensato hollé!

Ven, estrella matutina,
Y á tu blanca y argentina
Silenciosa aparición,
Huyan las sombras livianas
Que llaman á las ventanas
De mi triste corazón.

GLORIA Y ORGULLO.

¡Lejos de mí, placeres de la tierra,
Fábulas sin color, sombra, ni nombre,
A quien un nicho miserable encierra
Cuando el aura vital falta en el hombre!

¿Qué es el placer, la vida y la fortuna,
Sin un sueño de gloria y de esperanza?
Una carrera larga é importuna,
Mas fatigosa cuanto mas se avanza.

Regalo de indolentes sibaritas,
Que velas el haren de las mujeres,
Opio letal que el sueño facilitas
Al ébrio de raquíuticos placeres,

Lejos de mí.—No basta á mi reposo
El rumor de una muerte que murmura,
La sombra de un moral verde y pomposo,
Ni de un castillo la quietud segura.

No basta á mi placer la inmensa copa
Del báquico festín, libre y sonoro,
De esclavos viles la menguada tropa
Ni las llaves de espléndido tesoro.

De un Dios hechura, como Dios concibo;
Tengo aliento de estirpe soberana;
Por llegar á gigante enano vivo;
No sé ser hoy y perecer mañana.

Yo no acierto á decir "la vida es bella,"
Y descender estúpido al olvido;
Amo la vida porque sé por ella
Al alcázar trepar donde he nacido.

De esa inmensa pasión que llaman gloria
Brota en mi corazón ardiente llama,
Luz de mi ser me abrasa la memoria,
Voz de mi ser inextinguible clama.

Gloria, ilusión magnífica y suprema,
Ambición de los grandes en quien quiso

Velar Dios esa mística diadema
Que nos dará derecho al paraíso,

Nada es sin tí la despreciable vida,
Nada hay sin tí ni dulce ni halagüeño;
Solo en aquesta soledad perdida
La sombra del laurel concilia el sueño.

Solo al murmullo de la escelsa palma
Que el noble orgullo con su aliento agita
En blando insomnio se adormece el alma,
Y en su mismo dormir crea y medita.

Zeuxis, Apeles, Píndaro y Homero,
Bajo ese verde pabellón soñaron;
César, Napoleon y Atila fiero
Bajo ese pabellón se despertaron.

Por tí el delirio del honor se adora,
Por tí el hinchado mar hiende marino,
Por tí en su gruta el penitente llora,
Y empuña su bordon el peregrino.

Por tí el soldado se vendió á sus reyes,
Y lidia agora con porfía insana,
No por esas que ignora pobres leyes,
Por comprar una lágrima mañana.

Por tí le canta el orgulloso amante
Dulces trovas de amor á una querida;
Porque tal vez un venturoso instante
Tenga en su canto prolongada vida.

Por tí del negro túmulo en la piedra
Ambicioso el mortal graba su nombre,
Porque tal vez entre la tosca yedra
Otro día al pasar le lea un hombre.

Por tí acaso el cansado centinela
Que incendió una ciudad en la batalla,
Su cifra indiferente mientras vela
Pinta con un tizon en la muralla.

El polvo en que hubo sus cabañas Roma
Por tí con templos y palacios pisa,
Por tí su gesto satisfecho asoma
Tras su inmenso sarcófago Artemisa.

Por tí vencida se incendió á Corinto,
Por tí la sangre en Maratón se orea,
Por tí una noche con aliento estinto
Tumbas Leonidas demandó á Platea.

Por tí trofeos el cincel aborta,
Y álzanse torres con tenaz porfía;
Porque es la vida deleznable y corta,
Y todos quieren prolongarla un día.

Por eso velo con la noche oscura
Sobre un volumen carcomido y roto,
Y una mañana me sueño de ventura,
Y otra existencia en porvenir remoto.